

William Irish

La noche tiene mil ojos



Tom Shawn es un detective de la Brigada de Homicidios, que como cada noche vuelve a su casa recorriendo el mismo camino de siempre. Iluminado por una farola encuentra un billete de cinco dólares. A los pocos pasos, encuentra otro billete de un dólar.

Los acontecimientos se suceden y pueden cambiar el destino del detective. Pero, ¿existe el destino? ¿podemos conocerlo antes de que ocurra? Y si es así, ¿hay alguna posibilidad de alterarlo?

Todos los elementos clásicos de las novelas de William Irish (pseudónimo de Cornell Woolrich) se reúnen en este libro que como tantos otros de este escritor (*La ventana indiscreta*, *La novia vestía de negro...*) fue adaptado para el cine.

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

CAPÍTULO I

Por las noches, para dirigirse a su hogar, seguía el curso del río, sobre la una de la madrugada, al terminar su trabajo. Esto se hace solamente cuando se es joven; se mira al agua y luego a las estrellas. A veces se hace aun siendo detective; no teniendo nada que ver con las estrellas.

Podía obrar como los otros y tomar un autobús para regresar a casa al término de sus horas de servicio. Pero no lo hacía. Siempre seguía el camino del río, aunque no era el más directo. Silbaba mejor junto al agua, y las estrellas le parecían más brillantes porque bajo ellas estaba el río para reflejarlas. Soñaba mejor los sueños que se tienen en la mente entre los veinte y treinta años de la vida. Es difícil soñar en un autobús donde se viaja con los compañeros de trabajo.

Por estas razones, todas las noches, caminaba junto al río al regresar a su casa. Todas las noches, poco después de la una.

Cuando se repite un acto diariamente durante cierto tiempo, llega un momento en que ocurre algo inesperado, algo importante que cambia el resto de la vida. Y entonces se olvidan las innumerables veces que fue realizado para recordar sólo aquella en que sucedió lo imprevisto.

Se llamaba Shawn. Sus compañeros no le comprendían, pero la verdad es que nadie comprende a sus semejantes. Además, no se esforzaban mucho; no disponían de tiempo para ello. Solamente comentaban lo peculiar de su carácter de vez en cuando, al dejar el servicio:

—Oye, Shawn, ¿no vienes con nosotros?

—No; iré a casa por el camino del río.

Entonces ellos se iban por su camino y él por el suyo, y alguien comentaba, comprensivo:

—Es un soñador.

—No consigo entender a este muchacho.

Movían la cabeza, tolerantes. Como si comentaran un defecto de poca importancia, fácil de olvidar e insuficiente para poner a prueba la lealtad del grupo. Luego no volvían a mencionar el asunto hasta pasados algunos meses, pues no se trataba de nada importante.

Así, él iba a encontrarse con el río y con la noche.

Su silbido le precedía mientras caminaba con paso largo y rítmico.

Silbaba siempre la misma canción: «Muéstrame el camino de casa». Una canción apropiada para silbar junto al río cuando se tienen veintiocho años.

No había nadie por los alrededores. Sólo estaban él y las estrellas. Millares de estrellas. Jamás había visto tantas como aquella noche. En ciertas partes daban la impresión de hallarse unidas las unas con las otras, como lentejuelas en un bordado.

Era alto allí el terreno; una especie de colina. Luego la calle descendía un poco, describiendo una amplia curva, para internarse en un puente. Shawn se encontraba del lado de la ciudad; la orilla opuesta pertenecía al campo. Desde allí podían verse las luces de una avenida tendidas a lo largo del horizonte, como un collar de cuentas milagrosamente alineadas. De vez en cuando, una luz avanzaba, se movía: era un automóvil que viajaba a gran velocidad, pero, desde aquella distancia, parecía arrastrarse lentamente.

De la ciudad, situada bastante lejos, a diversos intervalos y alturas, veíanse algunas luces anaranjadas. Era la una de la madrugada y la mayoría ya estaban apagadas. Más próxima a Shawn, había una ancha franja salpicada de árboles, con algunos faroles callejeros que ponían de relieve el verdor de las hojas en la oscura masa de follaje. Y allí esta-

ba la acera por la que iba andando, y en donde se alternaban las franjas de negro y plata de luz y sombra. Al otro lado, se elevaba un parapeto de piedra que le llegaba hasta la cintura. Más allá, el agua.

Éste era el escenario en el que Shawn se dedicaba a silbar, a contemplar las estrellas y a soñar... Porque, en efecto, soñaba. ¿Quién no ha tenido un sueño a que entregarse estando en plena juventud?

Avanzando por la acera rayada como la piel de una cebra, con una franja de luz y otra de sombra, al llegar a una de las zonas iluminadas su mirada se fijó en el suelo y tuvo la impresión que todos hemos tenido alguna vez: creyó que a sus pies había dinero. No cedió a ella en seguida, y dejó que sus piernas le siguieran llevando hacia adelante un corto trecho. Demasiado bueno para ser verdad.

Pero luego interrumpió su silbido, se detuvo y giró sobre sus talones. Se paró y lo recogió. *Era* dinero: un billete de cinco dólares.

Shawn dejó escapar otro silbido, tenue como un suspiro, y examinó el billete, disponiéndose a guardarlo.

Soplaba un poco de brisa, en dirección contraria a la suya. Antes de que hubiera terminado de guardar el dinero vio algo que saltaba hacia él: deteníase, deslizábase un poco más, volvía a detener su marcha y a reanudarla. Shawn lo paró con el pie. Era otro billete, de un dólar.

Shawn alzó la cabeza para observar la serie de franjas oscuras e iluminadas que se extendían hasta la curva del puente. Dentro de su radio de visión no había nada ni nadie.

Reanudó la marcha con rapidez. Tenía los dos billetes en la mano y había dejado de silbar. Volvió a detenerse y a continuar su marcha. Tres billetes. Apresuró el paso. Se detuvo de nuevo. Cuatro billetes. Dieciséis dólares en total. Era tan fácil como recoger hojas secas.

Shawn estaba doblando la curva y ya tenía delante de él la entrada del puente. La acera sobre la cual se encontraba

seguía extendiéndose, pero ahora por encima del agua. El parapeto también continuaba, pero sin tierra en la base; debajo del cimiento sólo había espacio vacío. Los árboles habían desaparecido, pero Shawn vio más luces en ramilletes colocados en lo alto de columnas ornamentales situadas a cada lado de la entrada. El interior del puente estaba a oscuras, como un túnel que se extendiera por debajo de unas vigas entrelazadas.

El puente no entraba en su ruta. Normalmente, pasaba frente a él y continuaba su camino por el lado del promontorio que daba a la ciudad. Pero, por lo general, no solía encontrar y recoger dinero.

Vio titilar algo, como si una de las estrellas se hubiera incrustado en el pavimento. Inclínose para tocar la chispa, y se incorporó con un anillo en la mano. La joya tenía en el engarce un brillante grande y de primera agua.

Shawn miró a su alrededor. No había nadie. Luego vio que algo interrumpía la pureza de líneas del parapeto. Era algo inanimado y oscuro. Se dirigió hacia el objeto, que se hallaba debajo de una de las ornamentadas columnas del alumbrado.

Al llegar allí comprendió que era la fuente de sus hallazgos: el dinero y el anillo. Un bolso negro de mujer, de un material muy suave, que quizá fuera piel de antílope. No sabía mucho acerca de aquellos adminículos, pero le pareció muy costoso. En uno de los lados tenía un monograma de piedrecillas relucientes que, según supo después, se llaman marcasitas.

No estaba allí por accidente, pues de ser así hubiera aparecido en el suelo, y no sobre el parapeto. Estaba boca abajo, como si lo hubieran sostenido en esa posición a fin de librarlo de su contenido.

Debajo, y junto al bolso, descansaban algunas de las cosas que suelen llevar las mujeres. Una polvera de metal, un frasco de perfume roto, que aún exhalaba su fragancia. Shawn no era un experto en cuestiones de mujeres pero le

pareció que ellas no solían tirar esas pertenencias. Daba la impresión de una despedida final. Cerca, se hallaba el núcleo principal de los billetes que habían ido hacia él. Lo cogió y lo introdujo en el bolso.

A mayor distancia vio un pequeño objeto. Se trataba de dos cordones de seda negra, entre los cuales había una diminuta circunferencia de brillantes que rodeaba una esfera completa con números y manecillas. Un reloj de pulsera. Su posición explicaba claramente lo ocurrido, a cualquier persona observadora. El relojito y uno de los cordones descansaban sobre el parapeto; el otro cordón pendía verticalmente desde el borde. Al recogerlo comprobó que el cristal estaba roto, prácticamente pulverizado. Su dueña, antes de abandonarlo, debió de arrojarlo con fuerza a fin de que se rompiera y detuviese. Shawn lo miró de cerca. Marcaba la una y ocho minutos, y estaba parado. A continuación consultó su reloj; eran la una y doce. Sólo habían transcurrido cuatro minutos.

En aquel momento descubrió a la mujer.

No estaba sobre la acera del puente; ésta aparecía desierta hasta donde alcanzaba su vista. Estaba sobre el parapeto, erguida, oculta a sus ojos por uno de los macizos refuerzos que se elevaban a intervalos regulares, para sostener las vigas de acero que constituían la parte principal de la estructura.

El viento agitó el vuelo de su falda un instante; lo suficiente para llamar la atención del detective. Ella no se dio cuenta de su presencia, ya que miraba hacia el río.

Parecía estar haciendo algo con un pie. Shawn tuvo la impresión de que doblaba una pierna y se la cogía con una mano. Se oyó el leve ruido de un zapato al chocar contra el pavimento, y la pierna recobró su posición normal. Después dobló la otra y cayó otro zapato.

De pronto, partió hacia atrás una chispa roja, describió una elipse, y fue a expirar sobre la acera. Un cigarrillo. Debía de ser su último legado.

Pero Shawn corría ya, doblado en dos, procurando no hacer ruido. Había empezado a correr unos segundos antes, en el momento en que atisbo el movimiento de la falda. De puntillas, para no anunciar su presencia. Estaba asustado. Le dominaba el temor de no lograr su objetivo. El instinto le indicó que un grito suyo aceleraría la tragedia. Ella no le había oído; el ritmo de sus movimientos no cambió.

Al pasar junto al macizo de cemento que la ocultaba, alcanzó a verla de lleno. Tenía la cabeza inclinada y se cubría los ojos, como si las estrellas la cegaran. Parecía protegerse de ellas, y no del agua, ya que apoyaba la mano en su frente, formando una especie de pantalla.

En el momento de llegar al parapeto, Shawn rodeó a la mujer con sus brazos, como si el impulso que le había llevado hasta allí los hubiera hecho cerrarse maquinalmente alrededor de ella.

Con una mano la sujetó por las rodillas, uniéndole las piernas e inmovilizándolas. Con la otra rodeó su cintura, impidiéndole que se arrojara al vacío.

La mujer se tambaleó, como si estuviera borracha; sus brazos se movieron en un gesto vago, en tanto que su cabeza caía hacia atrás, recortándose contra el fondo estrellado del cielo.

Luego, Shawn efectuó un par de movimientos rapidísimos: en primer lugar, echó a la mujer hacia atrás, de modo que pareció quedar apoyada sobre su hombro; luego dejó deslizar el cuerpo hacia abajo, hasta que reposó en el suelo. Había terminado. Acababa de salvarle la vida.

Shawn jadeaba a causa de su carrera por el puente. La mujer también respiraba agitadamente, pero a causa del *shock* resultante de su determinación, interrumpida de un modo tan brusco.

Las dos respiraciones fueron normalizándose lentamente.

La mujer se había llevado de nuevo la mano a la frente, pero ahora no se cubría los ojos con ella. La mantenía cerrada, como para protegerse de un golpe.

No hablaron. Ella no gritó ni se puso histérica. Shawn, por su parte, no sabía qué decir. Ignoraba qué podía decirse a una persona a la cual se acaba de impedir que atente contra su propia vida.

Pero alguien tenía que romper el hielo. No podían permanecer así toda la noche. «Podría ofrecerle un cigarrillo», pensó Shawn. Pero no lo hizo. Si estaba dispuesta a renunciar al mundo, no aceptaría un cigarrillo, que era una parte infinitesimal del mundo.

Ella continuó con la cabeza inclinada y protegiendo con la mano sus ojos de las estrellas.

Este compás de espera no duró más de un par de segundos, pero ambos creyeron que había transcurrido una eternidad de silencio.

Al fin, Shawn habló, aunque sus palabras no respondieran a la seriedad del momento. Habló como si la mujer hubiera tropezado, lastimándose un tobillo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, tratando de que su voz sonara normal, casi indiferente.

—Quiero alejarme de ellas.

—¿De quién?

Ella inclinó más la cabeza para apartar su rostro de los puntitos brillantes diseminados por el cielo. Fue su respuesta.

—Debió dejar que me alejara de ellas. Quería ir a lo más profundo, donde no pudiera verlas brillar y donde ellas no pudieran verme.

Una cosa muy rara. Nadie experimenta tal sensación respecto a las estrellas. Son muy hermosas. Y uno desea mirarlas. Son lo más hermoso que puede contemplarse desde la tierra.

—Venga aquí, a la luz, donde pueda verla. Quiero saber cómo es usted.

Shawn había supuesto que se trataba de una pobre mujer, contrariada en amores, o quizá de algo peor: una mariposa nocturna, harta de su cruel destino.

Se inclinó a recoger algo.

—¿No los quiere?

Le ofrecía los zapatos.

En la voz de la joven hubo cierta expresión de reproche.

—Puesto que me obliga a andar de nuevo, supongo que tendré que ponérmelos.

Los dejó en el suelo, los buscó a tientas con los pies y se inclinó para ajustarlos. Shawn continuó sujetándola por la cintura.

Avanzaron hacia la más cercana de las luces, que trazaba un círculo luminoso en la penumbra del pavimento.

Andaban lentamente, unidos por el brazo del detective. La mujer iba algo rezagada, como si caminara de mala gana.

Pareció como si, después de haber empezado, no pudiera dejar de mencionar el tema.

—Pretende usted ser bueno, pero no lo es. ¿Por qué no deja que escape de ellas? Quiero borrarlas de mi vista. ¿Acaso han de brillar siempre? ¿No dejarán nunca de existir?

Shawn sacudió la cabeza sin responder.

Habían llegado al círculo de luz. El resplandor del farol le dio una sorpresa, al disipar las sombras que envolvían a su acompañante. Su primera reacción fue dejar caer el brazo.

—¡Pero..., pero...! —balbució—. Pensé que sería usted una ruina humana... Y es usted joven, bonita; viste ropas caras... ¡Lo tiene todo! ¿Por qué quiso hacer una cosa así?

No había sido nunca hábil con las palabras, y en aquella ocasión lo fue menos que nunca. Pronunció las primeras que acudieron a sus labios, pero en su sinceridad no consiguieron el objetivo que se proponían.

La muchacha tendría alrededor de veinte años. Era bonita, efectivamente, pero no con la insolencia de las mujeres acostumbradas a utilizar su belleza como un arma. La hermosura de su rostro se reflejaba en sus proporciones, en la anchura de su frente, en el óvalo perfecto de sus ojos, en su límpido candor, y en la firmeza de carácter revelada por la barbilla. Era hermosa en las cosas que nunca podrían abandonarla. Todavía estaba pálida; la impresión era demasiado reciente. En su rostro no se veía artificio alguno que la hiciera parecer lo que no era. Sus cabellos, rubios oscuros o castaños claros, caían en suave desorden, no menos atractivos de lo que podrían ser cuidadosamente peinados. Llevaba un vestido de tonos agrisados sin un solo adorno; pero en su corte se adivinaba que había sido confeccionado a medida.

Asombrado por estos detalles, Shawn preguntó de nuevo.

—¿Por qué quiso hacer una cosa así? ¿Una joven como usted?

Obtuvo la misma respuesta:

—Haga que dejen de brillar.

Los ojos de la muchacha refulgían intensamente.

Shawn no sabía cómo hacer frente a la situación.

—No van a hacerle ningún daño. Están..., están allí, sencillamente. Siempre han estado allí, y siempre estarán.

—Entonces, yo no quiero vivir.

Shawn intentó de nuevo derribar el muro, pasar al otro lado.

—Bueno, ahora estoy a su lado. Yo no voy a hacerle ningún daño. Me cree, ¿verdad?

La muchacha le tocó el brazo y de pronto se lo apretó convulsivamente.

—Sí. *Usted* no me hará daño. La gente no me hace daño. La gente tiene corazón. A una persona se le puede decir: «Déjeme en paz».

—Pues bien, aquí estoy yo, a su lado. Todo marcha bien. Cójase a mí, si lo desea. Apriete fuerte, con las dos manos... Así.

La joven se estremeció.

—Dentro de poco, me dejará usted y entonces volveré a quedarme sola con ellas.

Shawn le rodeó los hombros con su brazo. Consiguió hacerlo de un modo impersonal y protector, como un hombre que abraza a un niño extraviado. Así, dieron unos pasos más, internándose en la penumbra que seguía a la primera luz reveladora, para entrar luego en otra zona iluminada y continuar hacia otro espacio envuelto en las sombras.

Shawn se preguntó qué podía hacer con la muchacha. Ya que la había alejado del puente, no podía despedirse y marcharse, sin más. ¿Ir a su casa y dejarla en ella? No serviría de nada; de allí habría salido para intentar... aquello. ¿Llamar a una ambulancia y hacerla llevar a un hospital para que la examinaran? Sólo conseguiría atemorizarla, y ya estaba bastante asustada.

Lentamente, con frecuentes paradas y avances breves, llegaron al lugar donde se encontraba el bolso.

La muchacha no hizo el menor movimiento para recuperarlo. Fue Shawn quien tuvo que detenerse allí y poner en el bolso todas las cosas que cayeron de él. Al llegar al destrozado frasco de perfume, se interrumpió y dijo:

—Esto no, ¿verdad?

Y lo tiró al agua.

La muchacha no dijo nada. Parecía no saber de qué se trataba. O, si lo sabía, no le importaba en absoluto.

Shawn recordó los billetes desperdigados que había ido recogiendo del suelo al acercarse; los sacó de su bolsillo y los unió al resto.

El relojito de pulsera, roto, se lo entregó a la muchacha; ésta lo contempló con una especie de satisfacción personal.

—Por lo menos, conseguí parar esto —murmuró. Luego inclinó los párpados, conteniendo el impulso de mirar hacia arriba—. Pero «ellas» siguen allí.

Le devolvió el reloj, como si le hubieran pedido que mirara algo que no le pertenecía. Shawn lo dejó caer dentro del bolso, viéndolo brillar como un chorro de gemas cristalinas.

Ya estaba todo. Cerró el bolso y se lo ofreció a la muchacha.

Tardó unos instantes en cogerlo. El impulso de librarse de todo lo que la molestaba seguía dominándola.

—¿No lo quiere?

—No —respondió la muchacha—. Pero usted quiere que lo coja, de modo que lo haré.

Shawn formuló una pregunta, y al instante se arrepintió de haberlo hecho. En aquellos momentos sonaba muy mal. Resultaba mucho más impropia que la primera que le hizo en el puente.

—¿Lo tiene todo?

Como si estuviera ayudándola a subir a un autobús o a un tren.

Pues bien, quizá la vida era algo semejante, y ahora la ayudaba a embarcarse de nuevo, tras haber descendido en una estación equivocada.

—Sí, todo —respondió la muchacha—. Mi reloj, mi bolso, mi vida, mi infierno...

Shawn sintió el aguijonazo de las palabras, pero no replicó. Nada de lo que ella dijera podría convencerle de que lo correcto hubiera sido permitirle que saltara.

—¿Vamos por allí? —dijo.

La condujo hacia los caminos transitados para dirigirse hacia la ciudad, que se hallaba al otro lado. La llevaba del brazo, reteniéndola suavemente; pero no como a una prisionera, sino más bien para guiarla.

Llevaban un rato andando cuando la muchacha inquirió:

—¿Adónde me lleva?

—A algún sitio donde podamos sentarnos y conversar unos instantes.

La joven interpretó correctamente su pensamiento:

—Lejos del río.

—Bueno —se defendió Shawn—. Hay lugares más alegres.

La muchacha no dijo nada, pero Shawn le leyó también el pensamiento: «Pero a usted le trae paz este lugar».

—Por allí tengo un automóvil —dijo la joven al cabo de un rato, como si acabara de recordarlo.

—¡Oh! ¿Por qué no lo dijo antes?

El vehículo se encontraba más arriba de la entrada del puente. Estaba oculto bajo los árboles, casi invisible desde el lugar donde se hallaba Shawn cuando avistó por primera vez a la joven. Al acercarse más, se convirtió en una silueta recortada contra la luz que brillaba en el camino.

Era un automóvil bajo, de carrocería reluciente: un modelo de construcción especial. La luz que se filtraba entre el follaje lo salpicaba de manchas luminosas.

—¿Es suyo? —Hizo un esfuerzo por animarla—. ¿Y pensaba dejar eso? ¿Cómo tuvo valor?

La joven no respondió, como si no acertara a comprender qué valor podía tener el vehículo.

Shawn se sentó al volante.

—¿Tiene las llaves?

—Creo que las dejé puestas.

Shawn las encontró a sus pies.

—Resulta curioso —filosofó—. Si lo hubiera necesitado, probablemente no lo habría encontrado a su regreso. Pero, como no lo quería, aquí está...

Pulsó un botón, y un torrente de luz plateada iluminó el camino que se extendía bajo los árboles.

—¡Vaya coche! —murmuró Shawn, pasando la mano por la parte superior del parabrisas.

—Me lo regaló papá cuando cumplí los dieciocho años —explicó la joven.